

RELATOS KAMSA

*Hernán Henao Delgado**

*Brindis a la vida: Marcela
Isabel y Elisa Natalia*

PRESENTACION

Los Relatos que a continuación se presentan forman parte de una ponencia con similar título que se incluyó entre los documentos del “Seminario de Etnología Amazónica”, realizado por el Instituto Colombiano de Antropología en Bogotá en 1982. La ponencia contiene ubicación del valle de Sibundoy, donde habitan los Kamsá, cálculo de la población, presentación del problema de tierras para los años 70, determinación del gentilicio, notas sobre la dominación colonial y problemas generales de los años 70, y los Relatos.

Estuve en contacto directo con los Kamsá entre septiembre de 1973 y febrero de 1975. Por entonces conocí a Pedro Juajibioy, con quien departimos muchas veces sobre la importancia de rescatar la tradición oral de la comunidad. Pedro me transmitió estos tres relatos, dentro de muchas otras enseñanzas.

Las versiones que presentamos corresponden a la transmisión cotidiana que circulaba en la comunidad. Se percibe la mezcla de tradición indígena —común a otros pueblos andinos latinoamericanos— con elementos provenientes de otro contexto cultural. Es la resultante inevitable del contacto centenario del Kamsá con el mundo occidental.

Al publicar los relatos se quiere hacer una sencilla contribución a la recuperación de la Memoria Cultural de la comunidad, para beneficio de ella misma y defensa de la inteligencia propia de los pueblos del tercero y el cuarto mundo.

RELATO No. 1

Dicen que el conejo antiguamente caminaba como gente; lo único que no les gustaba es que era dañino, cuando se volvía animal de monte. Hablaba como cualquier hombre.

Había un propietario de una sementera que tenía sembrado bastante fríjol, calabaza. El conejo siempre se aprovechaba de comer las hojas tiernas del fríjol y la calabaza. El dueño de estas matas por más que estaba en ronda nunca lo cogió. El sembrador decía: “¡caramba! ¿Qué haré con este animal?”

A última hora la esposa viendo tanto daño, que ni por más que envenenaban las matas con más fuerza amanecían comidas todos los días, le dijo al esposo: “la única solución es poner o preparar un muñeco de cera de abeja en forma de un hombre”. Así lo hicieron ese mismo día. Plantaron el muñeco con una estaca bien plantada en tierra, por donde había de pasar el conejo.

Pasaba el conejillo más o menos a las nueve de la mañana. El sol calentaba bastante fuerte. El muñeco como era de cera se ablandó y se puso pegajoso. El dañino conejo le dijo al muñeco que estaba parado: “buenos días”. No le contestó. El muñeco negro era mudo. Le volvió a decir: “entonces deme un permiso para pasar que estoy con hambre”. Nada que le contestó, por más que le gritó fuerte el conejo furioso. Entonces le dijo: “¡te pego!” Y lo golpeó con la mano derecha y se quedó pegado al muñeco. Lo mismo hizo con la mano izquierda. Luego le gritó: “¡si no me sueltas te doy una patada!” Y así lo hizo y se quedó pegado. Le decía: “no seas sinvergüenza, suéltame o te doy otra patada!” Y así lo hizo y se quedó pegado.

En ese momento se le fue toda la furia y le rogaba que lo soltara y le perdonara todo lo malo que le había dicho, que él solamente era mal educado, que lo soltara y lo dejara pasar. El muñeco nada contestaba y le volvió la cólera al conejo y quedó totalmente prendido al muñeco el pobre conejillo y se le iban las lágrimas. Decía para sí mismo: maldita

sea, hasta ahora que estoy sin comer. Lo insultó lo más que pudo y se le ocurrió por último morderlo con toda la furia y se quedó prendido de la boca. No sabía qué hacer. Estaba totalmente prisionero.

Después de un largo rato pasaba afortunadamente un venado. Se detuvo frente al detenido y le dijo: “¿por qué lo tienen preso?” Le contestó el conejillo: “de en balde”. Y le dijo: “pero soy pequeñito y usted siquiera es grande y gordo. Yo no tengo tanta carne sino un par de orejas”. Así le fue suplicando que le hiciera el favor de soltarlo y se quedara prisionero él mientras iba a comer. A tanto insistirle consintió el venado en quedarse y se acercó y lo despegó del muñeco. Entonces el conejo lo aseguró bien al pobre venado lo más que pudo y se fue contento saltando por entre la montaña.

El prisionero pasado un largo rato se sintió engañado. A ratos tenía paciencia, en otros momentos se ponía furioso. No sabía qué hacer y se decía a sí mismo: “ojalá pasara alguien para que me suelte”.

A tañto esperar caminaba por el mismo camino un oso. Se detuvo frente al prisionero y lo saludó: “buenas tardes ¿qué haces por aquí?” Le contestó: “yo reemplacé al primo orejón que estaba prisionero, pero ya no más llega la hora de que regrese”. Le suplicó al tío oso: que por favor lo reemplazara unos momentos. Le ofreció pagarle cogollos de palmito si le hacía este favor. El oso aceptó y le contestó: “pobre sobrino, estar aquí prisionero sin ningún delito, no es justo, yo me quedo en esta prisión hasta que el sobrino conejo regrese”. Se acercó y lo soltó y lo puso en libertad. El señor oso quedó en la prisión. El venado se fue contento y nunca volvió más por allí.

Al poco tiempo llegó el dueño de la sementera y encontró prisionero al oso y le dijo: “por fin te pescamos, dañino de mis matas, ahora me las pagarás”. El oso le contestó que era inocente: “mi sobrino venado tiene la culpa”. El dueño le contestó: “qué cuentos de sobrino, usted me las pagará”. Hizo preparar una hoguera y metió un hierro (piedra especial que utilizaban los antiguos para marcar puertas o madera. —explica el relator) para quemar. Mientras tanto el oso le decía al dueño de las matas que la carne de él era muy dura, amarga. Que no se podía cocinar para comer. La del sobrino era suave y sabrosa. Que esperara su regreso.

El dueño no atendió estas súplicas. Y cuando se calentó la punta del hierro parecía el mismo fuego. La sacó del fogón y se la metió por de-

bajo de los brazos y salió al costado derecho sin hacerle ningún daño. Solamente le quemó todo el pelo y a la quemazón de la punta del hierro se “desliyó” la cera y se soltó el oso, que saltó corriendo, diciendo al mismo tiempo “Achichuy buenamente me quemaron, no me pudieron comer mi carne. La de mi nieto es blandita y deliciosa para cocinar y comer”.

El dueño de las matas se quedó parado pensativo de lo sucedido.

En la carrera el oso encontró al conejillo que bailaba, saltaba y se reía de contento, de que cómo había podido engañar a los demás. El oso al verlo saltó más furioso y lo alcanzó a coger de ambas orejas. Y del jalón que dio el conejo para escapar se le hizo más grande. El oso le gritó: “te escapaste orejón, pero algún día me las pagarás”.

El conejo se metió en un árbol que está zumbo (el corazón del árbol seco se hace un hueco grande —explica el relator—). A carcajadas le dijo: “quién te mandó que seas bobo”. “Yo no te engañé”. El oso al fin de aburrido porque no le pudo hacer nada se fue al monte diciendo por segunda vez: “Algún día me las pagarás”.

RELATO No. 2

Un joven se enamoró de una joven simpática en el camino. Cuando iban caminando hacia el pueblo, contrataron matrimonio. Se la llevó a la casa de sus padres la misma tarde. Al día siguiente se la encargó a su madre; le advirtió que la novia era de todo servicio doméstico, llamándole la atención que la cuidara de lo mejor posible que pueda. Y se fue al trabajo.

Resulta que la futura suegra la mandó a preparar chicha a la nuera futura. Mientras esa vieja se fue a donde un vecino a beber chicha hasta emborracharse.

La joven se puso a preparar la bebida. Tomó diez granos de maíz y se puso a moler en una piedra. Como eran diez granos alcanzaba para otras tantas ollas grandes. Cocinó. La enfrió. Una vez listo llenó en las ollas para que fermente rápido. El resto de tiempo se preocupó en hilar lana. Cuando estuvo cansada púsose a bañarse y salió al patio para peinarse. Cuando terminó de acomodarse el cabello se dio cuenta que era ya tarde. En ese momento regresaba su futura suegra de la vecindad, embriagada.

Y como se dio cuenta que la tazada grande de maíz estaba llena tal como la había dejado antes de marchar —pero no se fijó que en las ollas estaban llenas de chicha, y en una batea llena, en otra enfriándose—, se llenó de furia. La insultó que era una perezosa, que no servía de nada, solamente sabe adornarse.

La muchacha le respondió: “bueno que no te sirva en nada ni para nada, que desde hoy ojalá encuentren a otra muchacha mejor que yo, vivan bien, les de buena suerte”. Caminó hacia la bateada de chicha, se revolcó. Dejó regado un poco. Salió volando por una rendija.

Por la tarde regresó el novio contento. No encontró a su querida joven. Su madre estaba por el corredor de atrás de la casa. Se le acercó a su mamá y le preguntó que a dónde se había ido o se encontraba la joven. Su mamá le contestó ella no sabía nada de su novia.

El hijo le contestó que “usted es una necia”. Siempre tenía la mala costumbre. “Seguramente le habrás insultado”.

La hermana menor le informó todo lo que había sucedido. El joven se fue a buscarla en la sementera. Dio mil vueltas pero no la encontró en ninguna parte. Regresó a la casa entre oscuro y claro de la noche. Le advirtió a su madre que se viajaría de largo. No lo volverían a ver más en casa.

Preparó la misma noche fiambre (gato, aclara el relator). A la mañana siguiente de madrugada se despidió y se fue de viaje.

Nunca lo volvieron a ver a su hijo. Las hermanas la aconsejaron que por causa de mi madre mi hermano no ha regresado, ni tendremos la dicha de verlo en medio de la familia. Su madre solamente al escuchar estas palabras de las hijas púsose a llorar. Así vivieron toda la familia hasta el fin de sus días sin que el hijo volviera a casa.

RELATO No. 3

Había una noticia entre los indígenas, por los médicos y brujos tomando el Yagé, que pasaría un hombre en compra de chicha. Nadie podría venderle ni tampoco obsequiarle mucho menos. Estos informaron al Gobernador del pueblo. Este prohibió por completo. Que si este disparate lo hicieran, que este valle se convertiría en una laguna. De manera que todos los naturales tenían bastante cuidado.

De esta manera pasaron varias semanas, cuando de repente se apareció un hombre vejancón. Andaba de casa en casa en pregunta de chicha. No le quisieron vender, pero resulta que se fue al campo, en donde encontró a unos niños en una casa. Les preguntó que si tenían bebida. Ellos le contestaron que sí. A lo cual quedó contentísimo.

Los pobres niños le invitaron que dentre, siéntese en el banco. Entonces les volvió a exigir que le vendieran la bebida, siquiera medio centavo, por que se estaba muriendo de sed. Los pobrecitos cuidadores le pasaron en una totuma grande al visitante. Lo recibió con toda la alegría. Les dio las muchas gracias. En vez de bebérselo se lo vació en la cabeza diciendo ahora sí voy a pagar la sed.

Cuando a los pocos momentos comenzó a brotar agua por los alrededores de la casa. Se humedeció la tulpa (fogón de tres piedras) y se fue llenando de agua la sala. Al ver esto los pobrecitos se subieron a la troja (zarzo) para salvar la vida. Mientras el visitante decía: "ahora sí me hice dueño de todo esto", "esta es la propia casa para yo vivir".

Cosa que a todos los habitantes los hundió con el agua. Algunas personas que se escaparon porque vivían en laderas, poblaron el valle de Sibundoy Pueblo Grande.

Después de un largo tiempo, de la profundidad de la cocha (laguna) salía un conejo en figura de hombre que conversaba con la gente y les informaba que dentro de la cocha había gente viviendo y tenían todo que comer. Para comprobarle, le contestaron que les trajera algo. El conejillo se comprometió y al día siguiente regresó, trayendo arracacha, ñame, maíz morado, sixe (boro, santosoma), haba de árbol. Lo pusieron a cocinar y todos comieron. Resulta que se empacharon (cólico). Casi se mueren. Tuvieron que acudir al médico para que les cure de ese mal.

Toda la gente tenía interés de sembrar. En la nueva visita le exigieron al conejo para que les trajera las semillas y éste cumplió con el compromiso cada quince días. La gente tuvo tanto interés que en los años hasta la presente existe esta comida.

Creen los mayores hasta ahora que si no fuera por el conejo no tuvieran que comer.